

De libros y cerdos_ Xavier Rubert de Ventós

[Xavier Rubert de Ventós (1939) es catedrático de Estética en la Escuela de Arquitectura de Barcelona]

La cultura es y ha sido *instrumentada* sin dejar, por ello, de ser cultura. Más difícil resulta que sobreviva cuando pretende ser *exaltada*. La cultura, simplemente, no se adapta a ello.

No pretendo que para hacer cultura sea necesario querer hacerla. Ni mucho menos. A menudo hacemos cultura cuando creemos estar haciendo o buscando otra cosa: divirtiéndonos, vengándonos, pintando una pared o enamorándonos. Es más: cuando se desea expresamente *hacer cultura* es muy probable que lo que estemos haciendo sea realmente política, urbanismo, publicidad, fondos de inversión o vaya usted a saber. De ahí que me parezca tan acertada como redundante la frase del alcalde de Barcelona Joan Clos: “la arquitectura también es cultura”. ¡Sólo faltaría! Se hace cultura, claro está, haciendo ecología, ingeniería, etnografía... y a menudo sin tan sólo desearlo. Como al Sol, como a Dios, a la cultura de verdad no conviene invocarla ni mirarla directamente. Cultura puede ser desde aquello que duele –en Kierkegaard o en Kafka– hasta aquello que divierte o emociona –de Shakespeare a Chopin. Lo que no acostumbra ser cultura es aquello de lo que hablan les *Madames Verdurin* cuando les dicen, emocionadas, a su amigo: “¡Me encanta, Swann, esto de la cultura!”

Cultura de verdad es aquello que transforma la realidad dura y opaca en una forma simbólica (artística, científica, lingüística, religiosa...) hasta convertir esta realidad en algo penetrable por el espíritu humano. Es pues aquello que hace comprensible las cosas –no aquello que se quiere o que se adquiere ya comprendido. “¿Qué si hago mucho el amor? –respondía un embajador de París a su amigo– No, no, aquí prefiero comprarlo hecho.” Pues lo mismo ocurre con los que piensan que se puede usar la cultura ya hecha como un relleno –alias *contenido*– del primer Foro que se les pone por delante.

Repito: la cultura se puede comprar, y de hecho se compra a menudo. Pero no hay forma de adquirirla *a punto para llevar, a punto para gustar o a punto para convocar*. Entonces, en vez de cultura podemos fabricar parques temáticos de multiculturalismo, efímeras muestras de sostenibilidad o concentraciones parcelarias de conferenciantes “famosos” ya homologados y encargados de repetir obviedades al uso (“la solidaridad es fundamental”, “la globalización es una oportunidad y un peligro al mismo tiempo”, etc.). Pero con todo ello corremos el peligro de olvidar que *para que una “pieza” cultural sea legítima, o bien ha de poder ser falsa o bien ha de llegar a ser bella*. Y que para producir cultura y no su sucedáneo es preciso que alguien sufra o se divierta, juegue o se la juegue. De lo contrario, la cultura es contaminación espiritual, pura y dura contaminación.

La cultura y el pensamiento se alimentan ciertamente del exterior, de otras obras y creaciones, pero hace falta aún que las asimilen. Y para entender cómo va eso de la *asimilación* podríamos comenzar con los propios animales. ¿Quién ignora, escribía Marcial, que el sardo voraz es víctima de la mosca venenosa

Of books and pigs_ Xavier Rubert de Ventós [Xavier Rubert de Ventós (1939) is esthetics professor at the Architecture School of Barcelona] Culture is and has been *instrumented* all the while, however, never ceasing from being culture. It becomes more difficult for it to survive when it endeavours to be *exalted*. Culture, simply, does not adapt.

I am not purporting that to create culture, it is necessary to *want* to create it. Far from it. Often, we create culture when we believe we are creating or searching for something else: having fun, avenging ourselves, painting a wall or falling in love. What is more: when wanting to explicitly *create culture* it is very likely that what we are doing really is politics, city planning, publicity, investment funds or who knows what. It is as the mayor of Barcelona Joan Clos always says, and to me he seems to hit the nail on the head as well as being quite redundant: «architecture is also culture». Of course it is! Culture is, of course, creating ecology, engineering, ethnography ... and often without searching for it. As to the sun, as to God, culture should not really be invoked or looked at directly. Culture can be anything from what hurts –in Kierkegaard or in Kafka– to what entertains or thrills– from Shakespeare to Chopin. What normally is not culture is that which les *Madames Verdurin* speak of when they say, excitedly to their friend: “We love it, Swann, we love culture!”

Culture is really that which transforms the hard and opaque reality in a symbolic manner (artistic, scientific, linguistic, religious, etc.) until this reality becomes something penetrable by the human spirit. It is what makes things understandable –not that which wants or acquires what is already understood. “What if I make a lot of love?” –said an ambassador from Paris to his friend– “No, no, here I prefer to buy it already made.” The same thing happens with those who think they can use the ready-made culture as filler –also known as *content*– of the first Forum that is put before them.

I repeat: Culture can be bought, and indeed it is often purchased. But there is no way to acquire it *ready to go, ready for taste or ready to summon*. Therefore, instead of culture, multiculturalism theme parks can be produced, or ephemeral samples of sustainability or land consolidation of ‘popular’ lecturers already approved and responsible for repeating platitudes upon use (“Solidarity is fundamental”, “globalization is an opportunity and a danger at the same time”, etc.). But with all that, we risk forgetting that *for a cultural “item” to be legitimate it must become false or it must become beautiful*. To produce culture, and not be substituted, someone must suffer or have fun, play games or be played. On the contrary, culture is a spiritual contamination, pure and simple contamination.

Culture and thought and certainly fed externally from other works and creations, but still lack assimilation. And to understand how *assimilation* works, we can begin by observing animals. Who ignores, wrote Martial, that the voracious Sardinian is victim of the poisonous fly he has swallowed? The wolf, wrote

que se ha tragado? El lobo, decía aun Valéry, está hecho de ovejas asimiladas. Y tampoco el cerdo no es más que bellotas –hoy compuestos agroalimentarios– asimilados.

Pero hoy sabemos que el cerdo, del que, según dicen “se aprovecha todo”, es de hecho una mala inversión ecológica y alimenticia: que gasta mucho más de lo que rinde, que consume mucha más energía de la que transmite. ¿Y cuántos libros y obras que se producen hoy, me pregunto yo, no consumen también más de lo que producen? ¿Cuántos hay que realmente generan conocimiento en vez de participar en su progresiva degradación? ¿Cuántos introducen nuevas variables en el pensamiento en vez de laboriosamente aplanarlo o simplificarlo?

Hoy ya no es posible creer que la producción indiscriminada de Libros, Teorías, Tendencias, Culturas o Corrientes artísticas sea una actividad puramente superflua. Hoy sabemos que todos los productos no necesitados ni consumidos se constituyen en residuos contaminantes: más que de su *inutilidad* deberíamos hablar pues de la positiva *desutilidad* que comportan.

La proliferación de teorías gratuitas, metodologías irrelevantes, libros superfluos, tesis doctorales para salir del paso, etc., acaba formando una sustancia espesa y opaca que no se esfuma por falta de utilización, sino que gravita pesadamente sobre cualquier ejercicio o práctica cultural. A la dilapidación de energía que supuso su producción de suma ahora la que genera su propia existencia, ese lastre que obstaculiza el acceso al dato pertinente, a la interacción significativa, al fenómeno relevante.

El ecólogo Ramón Margalef habló a este propósito de “contaminación cultural”: “¿Habéis pensado –decía– en la fracción de letra impresa que se lee? ¿No creéis que la que no se lee, y el papel que la soporta, constituyen un exagerado desperdicio, un malbaratamiento excesivo? [...] Más allá de cierta medida, esta *información* se relaciona con la contaminación del medio en el sentido más general del término”. Ahora bien, la primera receta contra esta espiral inflación-devaluación-contaminación cultural la propuso Licurgo en el siglo VI antes de Cristo: aplicar criterios opuestos en la economía monetaria y en la semántica. “Cambiano la moneda de oro por la de hierro –nos explica Plutarco– Licurgo buscó que en mucho peso hubiera poco valor; con la moneda lingüística, por el contrario, hizo que en una frase concisa y breve se concentrara mucho sentido.”

Trabajar como los leones o los cerdos –en eso tenía razón Valéry– es condición necesaria de la creación intelectual. Pero desde la crisis ecológica y energética sabemos también que no es una condición suficiente y que el fantasma de la entropía trabaja aquí a la sombra.

Valéry, is made up of assimilated sheep. And the pig is nothing more than assimilated –today, agro-food compounds– acorns.

But today we know that pigs, which is said that “they eat anything”, is in fact a very bad ecological and food investment: which spends much more than it produces, which consumes much more energy it produces. And how many books and works that are produced today, I wonder, do not also consume more than what they produce? How many are there that actually generate knowledge rather than participate in progressive degradation? How many introduce new variables in thought instead of laboriously flatten or simplify thought?

It is no longer possible to believe that the indiscriminate production of Books, Theories, Trends, Cultures or Artistic movements is a purely superfluous activity. Today we know that all the goods that are not necessary or consumed constitute polluting waste: rather than talking about its *uselessness*, we should talk about the positive *disutility* they possess.

The proliferation of free theories, irrelevant methodologies, superfluous books, breakthrough doctoral thesis, etc. eventually form a thick, opaque substance that does not go away for lack of use, but it weighs heavily on any exercise or cultural practice. The dissipation of energy that entailed its production is now added to what generates its very existence, that burden which hinders access to relevant data, to significant interaction and to the relevant phenomenon.

Ramón Margalef, the ecologist, spoke of “cultural pollution”: “Has it ever crossed your mind –he once said– that only a fraction of what is printed is ever read? Don’t you think that what is not read, as well as the paper that it is printed on, is an exaggerated waste, an excessive squander? [...] Beyond a certain extent, this *information* is related to the environmental pollution in the most general sense of the term.” Now the first recipe against this inflation-devaluation spiral of cultural pollution was proposed by Lycurgus in the sixth century before Christ: Applying opposing views on the financial and semantic economy. “Exchanging the gold coin for the iron coin –as Plutarch explained– Lycurgus sought less value in that which weighed more; the linguistic currency, however, generated a lot of sense in brief and precise phrases.”

Working as lions or pigs –Valéry was right– is a necessary condition for intellectual creation. But ever since the ecological and energy crisis, we know that is not a sufficient condition and that the ghost of entropy works here in the shadows.